

cánica, las únicas acaso que sean susceptibles de toda claridad y evidencia.

La metafísica no conservó mas que la parte que trata de la generacion de las ideas; la lógica se redujo á compararlas y combinarlas, por medio del hilo analítico que nos conduce en el laberinto de la naturaleza; fuerza le fué á la ontología discutir los principios antes de deducir sus consecuencias, y estudiar las propiedades de los seres antes de definirlos y de hablar de su esencia; y la sicología, desprendiéndose del enfático idealismo, dió una base á la moral sobre nuestro conocimiento de lo justo y de lo injusto, á fin de evitar esto y de practicar aquello.

Ya el edificio social está reedificado sobre una base sólida y con nuevas y mas grandiosas dimensiones. ¡Cuántos materiales de utilidad y de buen gusto no le han sido agregados desde el siglo XVII! La filosofía fluctuaba entonces entre los estóicos que quieren la muerte de los sentidos, y los epicúreos que solo de los sentidos hacen brotar la vida; la geometría *infinitesimal* aun no era, ni tampoco la *física experimental*; no habia dialéctica; las leyes de la sana *crítica* se ignoraban del todo, lo mismo que el espíritu de precision y de método; las academias, que han llevado á tan alto grado de perfeccion las ciencias y las artes, no estaban aun instituidas. Y en fin, mas rico en conocimientos útiles, y mas práctico en todos los ramos de economía social que la época precedente, el siglo de Luis XIV desempeñó con gloria su mision en el laboratorio del progreso universal.

SIGLO XVIII.

El hombre solo y el hombre en sociedad, tal es la filosofía del siglo XVIII: es el idioma del corazon, es la ciencia de la felicidad. El primer precepto del hombre solo consiste en velar con prudencia sobre la integridad y energía de sus órganos; debe dirigir su entendimiento á la verdad, su corazon á la virtud, y limitar sus necesidades para multiplicar sus goces; los placeres que le indica la naturaleza deben tender á prolongar su existencia y no á

destruirla; la paz de la conciencia es el primero de los bienes, porque no es posible ser feliz con remordimientos.

El hombre en sociedad debe observar fielmente el contrato tácito que une entre sí á todos sus miembros, imponiéndoles la obligacion de respetar los derechos que cada cual tiene á ser feliz, y de concurrir con su fuerza, su industria y sus luces al engrandecimiento y gloria del cuerpo social, de su patria, cuyo gobierno debe tener por único objeto la garantía de aquel pacto, ya sea monárquico, ya sea popular. La mejor república es aquella que por la estabilidad de las leyes y uniformidad del gobierno se acerca mas á una buena monarquía; y la mejor monarquía es aquella en que el poder no es mas arbitrario, mas absoluto que en una república.

Sí, aquel siglo fué el triunfo de la humanidad: El gobierno francés mejoró los hospitales de los pobres públicos, y fundó ocho establecimientos con la dotacion de cuatro millones de pesos, destinados á socorrer á los pobres vergonzantes. En Holanda, pueblo libre é industrioso, los caritativos sentimientos se extendieron hasta aquellos sombríos receptáculos del dolor, en que los desdichados que han infringido las leyes de la naturaleza, lloran su olvido de la virtud: la necesaria ventilacion, el aseo saludable y la enseñanza de algun oficio permiten á los delincuentes arrepentidos la dulce esperanza de volver al seno de sus familias y de la sociedad, con mejores sentimientos y una honrosa profesion á cuya falta han debido sus cadenas; la humanidad ha dado á los carceleros el nombre obligatorio de padres y de madres. La Inglaterra sienta la libertad sobre el trono: y sus manufacturas, su comercio y una asombrosa actividad en todos los ramos de industria, le dan el imperio de los mares y la preponderancia entre todas las naciones. Sin embargo, ya pasó el tiempo del exclusivismo; las mejoras de un pueblo son la propiedad de todos. Y, ¡con cuánto placer veo á los hombres de entonces competir á quien aumente mas los medios de mejorar la suerte del individuo y de la sociedad! Hey llama la atencion de los majistrados sobre la igno-

rancia de los profesores de *primeras letras*; consigue que se les someta á un exámen riguroso sobre las materias que deban enseñar, y establece una escuela para ciegos. El buen ciudadano Poulet recoge á los niños abandonados, é inventa el sistema de *enseñanza mutua*, que será mejorado en Lancaster. Poissonier encuentra el medio de hacer potable el agua del mar. Chaptal introduce las fábricas de alumbre artificial, de ácido sulfúrico, de sosa, y los lavaderos de vapor. Montyon establece la primera exposicion experimental en ciencias, artes y oficios con premios y honores; y de allí han de salir poderosas máquinas que aliviarán las fatigas de la industria. Se descubre y se populariza la inoculacion; y la sociedad se aumentará de una quinta parte de hombres mas que le arrebataba la cruel enfermedad de las viruelas.

¡No, no hemos visto hasta ahora en la historia una época tan favorable á la vida! El mundo se agita; el genio inventor replega su espíritu sobre sí mismo para pedir á la meditacion algun nuevo descubrimiento de inmediata, positiva y general utilidad.

Los mismos animales, tan útiles al hombre, son objeto de su solicitud: se establecen las primeras escuelas de albeitería, y en Inglaterra se decretan multas y penas contra quien maltratáre un animal doméstico.

El siglo XVIII no estudió solamente á perfeccionar el corazon, de donde se desprenden las verdades del sentimiento, sino que tambien ennobleció las ideas, agrandó la ciencia, ilustró las doctrinas civiles, económicas. Quesnay, Turgot y Smith asientan que los objetos de consumo, reproducidos por el trabajo incesante de la sociedad, constituyen la riqueza. Esta tiene por materia primaria la tierra, y la industria por alimento y perfeccion. La distribucion de la riqueza produce el comercio que la multiplica, y cuyo secreto rentístico consiste en vender á los foráneos mayor cantidad de nuestros productos, que ellos á nosotros de los suyos. Luego, la nacion mas rica será aquella que se dedique mas al cultivo de la tierra, á la industria, y que menos necesite de los productos de sus vecinos.

Esta verdad, ennobleciendo la condicion del aldeano labrador y del industrial, aparta la vista de la ciudad, foco de vicios, de intrigas innobles y de miseria; multiplica los habitantes útiles del campo, donde la sencillez de un carácter comunicativo y amable respira paz, inocencia y placer; nivela las clases de la sociedad, y hace divisar al pueblo el cuadro placentero de un porvenir mas feliz.

De protegido que era, el saber se vuelve protector; y el mismo Federico II teme mas perder la amistad de Voltaire que la alianza de su rey. Estos dos hombres célebres son el verdadero tipo de su siglo.

El uno, filósofo de los reyes, les dá una leccion sensible de tolerancia, mandando edificar, aunque protestante, una iglesia para los católicos que la libertad de imprenta, las distinguidas academias de ciencias y artes y el *museo de antigüedades* atraen á Berlin.

El otro, rey de los filósofos, les decreta la alta mision de combatir al vicio, en su *ensaye sobre las costumbres*; la concision y la nobleza de estilo, en su historia de Carlos XII; y la dignidad de la Epopeya, en su inmortal *Henriada*.

No todos los siglos han podido gloriarse de un Voltaire; y aquel tuvo tambien á Rousseau y su Emilio, cuyo nombre conmovia los tronos; á Iriarte con las sabias reformas del elefante, á Klopstock y su Herman, que dió á la Alemania una literatura nacional; á Wolfs y á Kant, que fundaron la ingeniosa escuela del *dualismo*; á Condillac que hizo palidecer á Melebranche con su *tratado sobre las sensaciones*, al dulce y apacible Fontenelle, y al sensible Young que suspiró diez años sobre una tumba el amor de una esposa.

Montesquieu, fundador de la academia de ciencias naturales de Burdeos, escribió el *espíritu de las leyes*, obra ingeniosa y á veces profunda, que llegó á ser el código de todos los hombres de estado. Buffon y Lineo, histórico-descriptivos de la naturaleza, siguiendo paso á paso sus huellas en la graduacion de las variedades, la fueron á sorprender en el secreto de sus operaciones; pero, to-

do lo dijo la *Enciclopedia*, biblioteca universal, monumento gigantesco que encierra todo el siglo XVIII, polémica y dogmática, económica y matemáticas, d' Alembert y Diderot.

El *panorama*, la *fantasmagoría*, el *microscopio solar*, el *heliómetro*, el *cuadrante de Halley* y la *pila eléctrica* de Volta, fomentaron el espíritu de emulación entre los grandes pensadores: y Herschell, fiel al llamamiento, inventa sus *catacleópticas* que aumentan seis mil veces el objeto; construye un telescopio de cuarenta y cuatro pies de abertura, con el cual distingue en la luna un volcán, y descubre á Urano con sus seis satélites, lo mismo que á Ceres, Palas, Juno y Vesta.

Behering, Auson, Cook, Damberger, Maupertuis y la Condamine van á los países mas opuestos entre sí y mas remotos para estudiar la naturaleza en todos los climas: y la naturaleza deja caer una tras otra todas sus barreras ante la audacia del pequeño sér que piensa, quiere y la domina.

Mirad á Francklin, sencillo, modesto, y sin embargo mas fuerte que el huracan, cuyo dardo de fuego atronador á su voz se desprende de la nube, resbala y se desliza á apagarse en un rincón.

La segunda mitad del siglo XVIII apareció, y con ella la paz, la prosperidad del mundo. El comercio y la industria florecian por todas partes, desde San Petersburgo hasta Cádiz; las bellas artes prosperaban y eran honradas; una correspondencia mutua unia las naciones, y se hubiera dicho que los pueblos eran otros tantos miembros de una gran familia reconciliada y reunida despues de un reñido desacuerdo. La influencia literaria y filosófica de la Francia habia preparado ese bienestar: El rey de Prusia era devoto de Voltaire y francés en las ideas; Catalina de Rusia estaba en correspondencia con d' Alembert: La España estaba gobernada *filosóficamente* por Aranda, Campomanes y Floridablanca; la Toscana por Leopoldo; el Milanésado por Firmian; Austria por José II; Dinamarca por Strunsee, y Portugal por Pombal,

alumnos del filosofismo, que leian á Rousseau, y seguian á Montesquieu. De suerte que á los enconos de los príncipes sucedió la alianza de los pueblos; y cuando algunos de entre aquellos, espantados al aspecto de los progresos democráticos, quisieron intentar una reaccion, el *tercer estado* hizo oír su voz tan formidable que ni rey ni nadie pudo imponerle silencio: y en los dos mundos triunfó la libertad.

Sí, las doctrinas de Pot, la Boecie, Fenelon, Locke y de Rousseau habian madurado ya, y su primer fruto fué para las colonias inglesas de América, fundadas á principios del siglo XVII por puritanos acomodados, instruidos, austeros, que no habian abandonado sus casas por espíritu de codicia y de aventuras, sino para ser libres en el destierro; por aquel Penn que, no creyendo con el amplio código de Europa que el nuevo mundo no pertenecia á sus habitantes, compró á los indígenas las tierras que iba á cultivar, ese *amigo de los hombres*, que sacó de su corazon el nombre de su amada Filadelfia, voz griega que se compone de amigos y de hermanos.

Oh! yo no quisiera recordar, por simpatía y gratitud, el terrible contraste que resalta entre el rápido y asombroso poderío de los hijos de Penn y la poca prosperidad de los descendientes de Cortéz, que destruyeron á Tenositlan y cerraron sus puertos al extranjero. Pero aquellos, poseidos del espíritu de reforma política y religiosa del siglo XVI que fué posterior á la conquista de México, dieron por base á su legislacion la fraternidad del Evangelio; y como que todo hombre honrado, anabaptista ó moravio, anglican ó romano, tiene derecho en la patria de Francklin á la proteccion de las leyes, y á no ser despreciado ni por el ateo orgulloso, ni por el innoble fanático, multitud de emigrados industrioses le llevan las ciencias y las artes de sus respectivos países, y se unen con lazos iguales para formar un sistema de bienestar comun.

La tierra se desmonta y fertiliza; las aguas cautivas de los pantanos reciben una salida, y los rios se ven contenidos en sus lechos. Plantas, semillas y animales extran-

geros se naturalizan en los sitios análogos á su país nativo; se abren vías de comunicación entre las nacientes ciudades y aldeas, cuyo variado aspecto recuerda otras tantas naciones, y que se llaman sin embargo hermanas. De las altas selvas, invadidas por ricas mieses, se forma con rapidez una gran marina; y el genio agrícola, propio de las colonias, multiplica los productos que alimentan en los puertos el rico comercio de exportación. De este modo fué Boston desde temprano el primer depósito del nuevo continente.

Sin pasado, sin historia, sin recuerdos nacionales que suelen entorpecer el curso natural del progreso; libres de elegir el presente y de preparar el futuro, los americanos adoptaron el principio de la democracia en sus creencias, en sus costumbres, y en todo el pormenor de la vida.

Las ideas filosóficas que tuvieron que luchar en la vieja Europa con la fantasma voluminosa de dinastías, de recuerdos militares, de tradiciones antiguas y romancescas de familia, fútiles y sin valor ante la mirada austera del progreso, pero gratas no obstante á la memoria del corazón, fructificaron prontamente en aquel terreno nuevo y vírgen que el buen Penn y el sabio Locke habían escogido por asilo á la fraternidad. Pronto tuvieron esos felices colonos un principio de existencia y de bienestar que les era propio; y entonces, acostumbrados á discutir los derechos del ciudadano, examinaron las relaciones que debían existir entre ellos y su madre patria, y tuvieron por evidentes las siguientes verdades: Todos los hombres han sido creados iguales y dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; para asegurar el goce de esos derechos se establecen gobiernos entre los hombres, cuya justa autoridad emana del consentimiento de los gobernados; y siempre que alguna forma de gobierno llega á ser destructiva de los fines para los que ha sido establecido, el pueblo tiene derecho de abolirlo, substituyendo en su lugar otro más conducente á la felicidad.

Y como que el gobierno inglés restringía su benevolencia en las colonias, no garantizando plenamente el go-

ce de aquellos derechos, se declaró vergonzosa la sujeción á una servidumbre voluntaria; y, *resueltos á morir libres antes que vivir esclavos*, los representantes del buen pueblo americano, reunidos en congreso general, el día 4 de Julio de 1776, declararon solemnemente la independencia de los Estados-Unidos del Norte América.

La Inglaterra se agita y se arma; su formidable marina surca el oceano en dirección precipitada al nuevo mundo, y amenaza ya á Boston. Pero, ¡no temais al Leopardo! ¡no temais por la naciente libertad! La Francia le tiende los brazos; Francklin la defiende, ¡y su padre es Washington!

Aquella revolución popular, aquel primer ensaye en la práctica de las doctrinas democráticas que desde el Sena, su manantial, habían invadido el nuevo mundo, encontró en Francia ardientes defensores. La nación en masa pidió en voz alta ir á servir á la causa de su filosofía y de la libertad; multitud de voluntarios se agrupan al rededor de Lafayette, equipan navios, aunque sin la aquiescencia oficial de su timorato rey, y van á engrosar las filas de Washington. Pero cuando este virtuoso general, desgraciado al principio de las hostilidades, declara que los Estados-Unidos están perdidos, si la Francia no le manda subsidios, un ejército y una escuadra, Luis XVI no puede ya resistir á la voluntad imperiosa de su pueblo: el valiente Rochambeau lleva los auxilios pedidos, encuentra al enemigo en York Town, le obliga á capitular, y sella con el ilustre Washington el triunfo decidido del más completo modelo de libertad democrática.

La independencia del Norte América ejerció á su vez una poderosa influencia en la práctica de las ideas liberales en Francia: el ejército francés, á su vuelta de los Estados-Unidos, fué saludado con mil vivas de gratitud y de esperanza; sus jóvenes oficiales decían el bienestar de una nación libre, ponderando las instituciones de los americanos. Sin embargo, el pueblo que debía serlo todo, solo pedía ser algo; pedía, suplicando, una reforma, elevó respetuoso sus repetidos ruegos á su príncipe; pe-

ro el desgraciado Luis era esclavo de su corte; y los cortesanos, que vivían del desorden, no podían sufrir el orden que se les venía á proponer. La reina que había visto á Turgot suprimir los empleos inútiles y cerrar á sus favoritos el tesoro del Estado, esa indigna hija de María Teresa, dedujo que el esclarecido reformador era un mal ministro, y consiguió separarle del poder, lo mismo que á sus dignos sucesores Malesherbes y Necker; mas el pueblo que vió en el criminal letargo de su débil rey, en la osada altanería de la reina, de la *Austriaca*, y en las costumbres deshonestas de los cortesanos un mal inveterado que ni sus consejos, ni sus ruegos ni sus amenazas habían podido remediar, el pueblo en fin se decidió á hacerse justicia por sí mismo: la toma de la Bastilla fué resuelta; y al día siguiente estaba ya demolida!

La caída súbita y violenta de aquel formidable fuerte, de aquel calabozo lúgubre de hierro, resto amenazador del viejo edificio gótico, resonó en toda la Europa; todos los tronos se estremecieron, y los pueblos todos saludaron con entusiasmo el glorioso estandarte de la libertad, que tremolaba sobre las Tullerías. Pero la Europa, deteniéndose con Voltaire y Montesquieu, no osó pasar adelante; solo Rousseau y la Francia.....

Permítaseme, sensible y pacífico, no me detenga á contar ni las cruentas glorias de aquel pueblo que solo y en un momento venció á quince reyes; ni los trofeos casi fabulosos de aquel Gigante de las Pirámides que cambió y renovó á su antojo quince tronos. Mi objeto en la historia política se limita á indicar la marcha progresiva é incesante á la perfectibilidad de las instituciones sociales.

El siglo XVIII, glorioso del doble triunfo de la libertad, rico de numerosos descubrimientos, y superior en fin á todos los siglos que le precedieron en cuantos elementos concurren al engrandecimiento de los pueblos, precipitó el progreso universal á un porvenir ya no distante en que se deben recoger con abundancia los ricos frutos del árbol de la fraternidad.

SIGLO XIX.

El hombre, ese sér privilegiado, cuya audaz imaginación ha penetrado con la antorcha del saber en el seno de la tierra, y en los abismos del oceano, y en la profundidad del firmamento, sometiéndolo todo á su imperio, se ha cubierto de confusión y mil veces tropezado ante el doble principio moral y físico de su propia naturaleza. ¡Oh misterio! ¡el que todo lo sabe, no se comprende á sí mismo! Los chinos, de carácter frío y positivo, no vieron en el hombre mas que un animal superiormente organizado, cuyo mérito estriba en la ciencia de evitar el dolor.

Los indios y los egipcios, de espíritu exaltado, supersticioso y contemplativo, consideraban el cuerpo como un tirano vicioso y cruel que los tenía encadenados haciéndoles perder su primitivo comercio con los genios; y le castigaban con ayunos y laceraciones por el mal que no había hecho ni á su alma ni á sus dioses; cual aquel Xerxes que mandó azotar al Ponto Euxino por haberse caído un puente que su ingeniero no había sabido dirigir.

Los griegos, de carácter vivo y festivo, pero inconstantes y frívolos, se extraviaron en las regiones elevadas y obscuras de la metafísica de Platon que creía tener tres almas, racional, irascible, concupiscible; dieron muerte á la primera con Epicuro, y despues á las dos otras con el cínico Zenon, que dudaba de la existencia de la materia.

Los romanos, que no inventaron nada en filosofía, adoptaron uno tras otro todos los sistemas de la Grecia, modificándolos en el crisol de la política con reformas de circunstancia; de suerte que, como Marco Aurelio viera que Roma se perdía, víctima de las malas costumbres, intentó restablecer el edificio social sobre las ruinas de los sentidos; y el estoicismo, acreditado por la virtud y el saber de aquel ilustre Emperador, atravesó la Edad Media, envuelta en el acto primero de un cuerpo orgánico de Aristóteles.